



tando silueta de leyenda, sobregocidas en el filo de las noches altas y pesadas

Pupilas tristes, cabezas pensativas, pómulos salientes que hablan, pasos lentos pero largos, esa es la mínima biografía de los jicaques, actuales reliquias hondureñas sumergidas en el corazón de la Montaña de la Flor

Así han venido avanzando esos indios desde tiempos pasados con el alma hecha una pequeña llama donde ha vibrado además de la humildad, la ignorancia cruel y desapasionada

Un cuadro de rasgos verdaderamente desgarradores donde resalta la voz callada de los que piden y nada se les dá.

Tras esa nube de oscurantismo han venido avanzando los jicaques, debido a la cual se le ha acortado la refulgencia de los rayos solares, para sumirlos en el alfeñique mundo de los que no aspiran, porque no han tenido ni un pequeña idea de lo que es la civilización

Rostros envejecidos por la melancolía, la tragi-comedia de los que sonríen con la máscara de las cosas tristes, de las que no se cuentan ni se creen ni se oyen, de las que apenas se contemplan siempre con la expresión en éxtasis.

Los jicaques han venido siendo una reducida guirnalda de espejismos, en la cual hizo su nido el silencio en medio del anonimato. Se han encaminado de la montaña al pequeño pueblo, ese ha sido su mundo, el mundo de sus sueños velados, la sumergida ola de sus inquietudes, en la cual ha habido muchas tempestades con las alas truncadas, porque ellos (los jicaques) han vivido atados a su pequeño destino con las tortillas de maíz inconocible y la vaga sonrisa de las aspiraciones.

Esa ha sido la suerte de una porción de humanos que descendien de la raza antigua, semblanza amurallada con dilemas oscuros... Semblanza de indio triste digna de llevarla al lienzo por los pintores del mundo, los que se forjan en el corazón de la vida para hacer palpitar lo que surge de ella.

JAVIER BAYARDO BRITO

Semblanza de los Jicaques

Todavía existe una pequeña sombra de lo que fueron los indios xicaques en Honduras. Una sombra apagada como la débil luz de los recuerdos, que nos hablan de tiempos lejanos, cuando sonrió la esperanza y se extendió por los caminos de la realidad

En la actualidad, ya poco contemplamos el indio vestido del tradicional balandrán, al contrario, usan ahora vestido de civil o paisano, mas la semblanza es la misma, una semblanza cargada de un misterioso sosiego, como si el espíritu lo anduvieran traspasado por la lanza enigmática de los siglos.

Una semblanza que habla sin signos de espanto ni de optimismo, más que de miserias, una cicatriz del olvido o una acuarela de lo que existió antaño, sobrecargada por la elasticidad del tiempo entre músicas lentas que predicán nubarrones de nostalgia

La trascendencia del jicaque ha venido aparen-